



## EL VOTO DE FLORENCIO

### I

El vicio no había logrado atrapar á Florencio, quien, no obstante haber nacido y pasado su niñez y juventud entre gente de terruño y recibiendo malos ejemplos de su propia familia, creció, por maravilla de la gracia, como lozana flor entre el fango.

El caricaturesco rostro del joven movía á risa; era bajo de talla y en extremo barrigudo; pero de tan buen corazón, que se granjeaba el cariño de cuantos le trataban.

Los franciscanos de Zacatecas protegíanle mucho: frecuentemente comía en el convento, y gustaba sobremanera de aquella sosegada vida de oración y sacrificio, tan opuesta á la que él había visto

en los barrios, y aun en las ricas casas de la ciudad que para él no tuvo sino pobreza. Un fraile enseñóle á mascullar el latín, y en calidad de sacristán entró al templo. Los muchachos en quienes el candor de Florencio hallaba íntimos amigos, decíanle cariñosamente: El Panzudito.

Sólo una afición mundana tenía el virtuoso joven: su entusiasta gusto por las corridas de toros. Más de una vez, cuando los franciscanos le despacharon á comprar verdura, perdió hasta el dinero por haberse entretenido á jugar al toro en la plaza de Jesús, con los muchachos callejeros.

Era el primero en llegar á las gradas de sol los días de corrida, y siempre que tenía tiempo, visitaba el coso taurino y soñaba en contemplar boquiabierto las reses que debían lidiarse. Aquello era su encanto.

En cierta ocasión miraba Florencio un tofo hosco de admirable estampa, sanguinarios ojazos, majestuosa cabeza en la cual caían perfectamente los encorvados conos de puntiagudas astas. No pudo más, sacó un lápiz, y á falta de papel dibujó al cornúpeto en la primera hoja en blanco de un libro de devociones. Conste que obró sin deliberación, pues en la noche, al recogerse en el zaquizamí, donde dormía, aquel hecho parecióle irreverente.



y sin vacilación, aunque suspirando, rompió la hoja que ostentaba la linda figura del bicho, y se impuso la penitencia de no ir al siguiente domingo ni á los toros, ni al coso taurino.

¡Cuánto sufrió Florencio con aquella penitencia! Los ayunos, los cilicios, la sangrienta flagelación de los frailes, parecíanle tortas y pan pintado comparados con aquella terrible penitencia; pero cumpliéndola á fuer de hombre de palabra. Consolóse algo con el pensamiento de que al siguiente domingo iría más temprano al corral de los toros.

Anunciábase una corrida del bravísimo ganado de la hacienda de Tayahua, y figuraba en el cartel el nombre del valiente matador Polainilla.

¡Oh, humana miseria! Florencio, á su pesar, pensó en los toros toda la semana. Las figuras de los bichos corriendo en el redondel molestáronle hasta en las horas que ayudaba á misa.

## II

Llegó el anhelado día: eran aún los tiempos en que á los municipales zacatecanos no se les había ocurrido prohibir las procesiones de las cuadrillas que recorrían las principales calles de la ciudad, y en las cuales procesiones el payaso anunciaba la

función é invitaba á asistir á ella y quizás por esto se les dió el nombre de "convites."

El payaso, jinete en brioso caballo con lujosa mantilla, era seguido de una turba de granujas, muchos de ellos enamorados de aquél gandul de pintarrajeada faz, el cual, después de anunciar á gritos la corrida, honraba á los chicuelos pidiéndoles su testimonio con un prolongado y estruendoso:

—¿Es verdad, muchachos?

Florencio andaba comprando legumbres en el mercado, cuando oyó la alegre música del convite. A cada tamborazo brincáble el corazón. Dejó encargada la canasta en el puesto donde compraba, y en compañía de otros muchachos curiosos, corrió á la banqueta de la calle á ver y admirar la comitiva.

Mientras cogía buen lugar oyó el siguiente diálogo entre dos caballeros al parecer de encumbrada posición social:

—¿Vas á la tarde á los toros? dijo el más joven.

—No tengo ganas de ir, contestó el interpelado.

—Dicen que el capitán es notable por su temerario arrojo; aseguran los que le han visto matar, que será un milagro que salga hoy con vida.

—Entonces decididamente iré.



Y Florencio pensó un momento en la crueldad del humano corazón; pero renació su entusiasmo al divisar en la bocacalle, en medio del gentío, al payaso que arrojaba programas impresos á diestra y siniestra, mientras su caballo cabriolaba al compás de la banda. Cuando ésta concluyó la pieza, el payaso continuó su camino, y anunció la corrida en estos términos, de los cuales Florencio no perdió ni una sílaba.

“Público zacatecano: para la tarde de hoy habrá en la plaza de San Pedro la más notable corrida de la temporada. Matará el famoso Polainilla cinco toros de los más bravos de Tayahua. Esperamos en María Santísima que ha de haber muchísimas desgracias. (1)

—¿Es verdad, muchachos?

—Síiiii... respondieron centenares de voces.

El sacristán quedóse frío. El final de aquel anuncio parecióle verdaderamente diabólico, y dijo en su interior:

Perdónalos, Madre, no saben lo que dicen; pero eso sí ¡cuán bien nos conocen! Esta tarde estará la plaza á reventar.

Y volvió luego los ojos á la comitiva. Allí iba el alabado capitán en medio de

(1) Frase histórica.

los banderilleros, y tras de éstos, toda la cuadrilla, luciendo vistosos trajes bordados de oro ó plata en cuyos pasamanos reverberaba el sol; todos á caballo, los picadores, garrocha en mano, y tras de las mulas destinadas á sacar arrastrando al muerto bicho, los monos sabios alardeando de su habilidad en tronar el látigo.

Florencio fuése al coso algunas horas antes de la función; el cosero que era íntimo amigo del joven, de quien recibía humildes, pero frecuentes regalos, permitióle, como de costumbre, entrar á deleitarse en la contemplación de los feroces animales; le instaló en un cómodo lugar y dejóle solo.

### III

El sacristán, sentado sobre nueva y maciza vigueta, la más alta de la palizada que separaba á cada fiera de las demás, contemplaba con embeleso un hermosísimo toro.

Las piernas del joven, de corvas abajo, colgaban sobre las demás vigas paralelamente colocadas y casi tocaban con los pies la cabeza del cornúpeto. Florencio, de vez en cuando, extendía, no sin precauciones, la diestra mano para acariciar la relumbrante anca del toro. En una de ellas agachóse tanto, apoyando el pie derecho en una de las viguetas, que perdió pisada



y cayó al suelo cerca de las patas traseras de la res. Esta, al ruido, volteóse, y quedóse contemplando por algunos momentos el panzudo vientre del sacristán. Florencio, conteniendo la respiración cuanto pudo, no se movía. La fiera arremetió contra El Panzudito, inmóvil en el ángulo del corral, lo que le salvó de las embestidas, pues las astas del cornúpetá dieron en los palos que formaban el ángulo y el asustado joven sólo sintió en el pecho el roce de la frente del toro. Después quedóse el bicho contemplando á Florencio y al ver que no se movía alzó tranquilo la cornuda cabeza.

¡Qué momentos aquellos para el pobre sacristán! Oraba atropelladamente, pero oraba sin cesar. Allí, en el rincón de aquel corralito que encerraba el primer toro de los que lidiarse debían esa tarde, hizo voto de no volver jamás á un redondel, ni á un coso taurino, si Dios le sacaba con bien de aquel apurado trance.

Oía con desesperación la música y los chistes del payaso, que antes de la corrida divertía á los concurrentes. Después de una mazurka diestramente bailada por el gracioso, éste cantó: "El Amarillo," á petición del público, que gritaba desahogadoamente.

Florencio, aprovechando un momento en que el toro se había alejado algo, des-

lizóse arrastrándose cautelosamente por el suelo, con la intención de probar si podía abrir la puerta. A pesar de sus enérgicos esfuerzos no logró su objeto y quedóse inmóvil junto á ella. En ese mismo instante el payaso, gesticulando en medio del redondel, cantaba entre atronadores aplausos:

"Amarillo.... Juana me lo pintó."

Concluída la popular canción, oyóse la diana que anunciaba que el juez había llegado; luego gritos, silbidos, aplausos, ruido de entusiasmo desbordante y feroz que aumentó al vibrar sonoro el clarín.

La plaza estaba como la había previsto Florencio, llena á reventar. Salió la cuadrilla y dirigióse al palco del juez para hacer el acostumbrado saludo.

Sonó de nuevo el clarín, anunciando la salida del primer toro, de preciosa estampa, según decían los carteles.

Todas las miradas volviéronse impacientes y curiosas hacia la puerta del toril: abrióse ésta y el estupor del público fué inmenso, indescriptible. Todas las bocas estaban abiertas, todas las cabezas, con excepción de las calvas, con los pelos de punta. El popular Panzudito, á carrera abierta, el semblante descompuesto por el pánico y con la moña clavada en la espalda, presentóse en el redondel, y poco faltó



para que le pinchara el picador que estaba junto á la valla en espera del bicho.

El elevado vientre no fué obstáculo para que Florencio tuviese extraordinaria ligereza. Nada oyó, nada vió; saltó la valla, y poco después, sin saber ni por dónde había salido, hallábase en la calle. Respiró un momento, volvió la cabeza para observar si le seguía la fiera y continuó sin detenerse hasta llegar jadeante, exhausto de fuerzas y medio muerto á las puertas del convento, donde el asombro de los frailes no fué menor que el de los concurrentes á la lidia, al ver al mísero sacristán con la moña clavada en la espalda.

Al día siguiente, Florencio renovó su voto, con toda solemnidad y quedó para siempre curado de la afición á las lidias de toros. Vió ya con reconcomio á los cornúpetas; y odió toda la vida la puntiaguda moña que clavan á las fieras al salir del coso. En cuanto á la concurrencia, protestó que en Tayahua no había toro como el primero de aquella célebre corrida.



## EL PECADO DE UN HOMBRE DE BIEN

### I

Las ilusiones derramaban su espléndida luz en la fantasía de Laura, joven soñadora, idealista, á pesar de vivir en una época de crudo positivismo. ¿Qué influjo habíala abstraído del miedo, de la desconfianza, que al contemplar un mundo en extremo egoísta, sobrecoge á las jóvenes que van á casarse? El amor, que hoy, como ayer, y mañana como hoy, embriaga el corazón y protesta contra las lecciones de la experiencia, y busca, no la regla general, sino las excepciones, porque éstas alientan la esperanza y prometen inefables dichas.

Laura, hija única de don Celso González, antiguo comerciante de gran crédito,